

obras de San Ambrosio (1), pero en ello había dado la prueba perfecta de que su mano de hierro, acostumbrada a obrar sin contemplaciones, no estaba hecha para efectuar una penosa labor de cincel en menudencias de textos con incansable paciencia. Érale más obvio dominar los manuscritos que dejarse dominar por ellos; lo que no quería al punto doblegarse, había de romperse, y así su San Ambrosio ha sufrido severa censura de parte de editores posteriores (2), y a los protestantes antiguos ofreció ocasión para hacer sospechosa la actividad de los católicos en general en punto de hacer ediciones (3). Montalto ha cambiado el texto del santo doctor de la Iglesia, ha omitido, añadido, traspuesto según su gusto, sin ninguna fianza de los manuscritos (4).

El estar acostumbrado a tales arbitrariedades no era ahora ciertamente la mejor preparación para tratar el texto de la Sagrada Escritura, en la cual todavía más que en cualquiera otra parte había de tenerse el mayor respeto a la tradición. En efecto, Sixto V destruyó en gran parte el arduo trabajo de la comisión de la biblia; lo que ésta fundándose en los más antiguos manuscritos había corregido en el texto de la biblia de Amberes de 1583, fué por el Papa muchas veces borrado y restablecido el texto antuerpiense (5). La razón de este proceder podía estar en que Sixto V estaba acostumbrado a este texto, el de la biblia de Lovaina; quizá temía también que con tan numerosas mutaciones se diese ocasión a los protestantes para el reproche de que la Iglesia católica había tenido hasta enton-

(1) Algunas cartas de San Carlos Borromeo al cardenal Montalto de 1571/81 sobre esta edición v. en Cugnoni en el Arch. Rom., V (1882), 551-562. Cf. Höpfl, 126, nota.

(2) Los benedictinos de S. Mauro echan la culpa ciertamente a los colaboradores de Montalto (prólogo de su edición en Migne, *Patrologiae cursus completus*, 1.^a serie, XIV, 18); asimismo R. Ceillier O. S. B. (*Hist. générale des Auteurs sacrés*, V, París, 1865, 584). El más reciente editor de San Ambrosio, Carlos Schenkl, da este severo juicio: el cardenal Montalto non dubitavit ea [Ambrosii opera] plane ad arbitrium suum refingere suisque commentis insertis deturpare (*Corpus Scriptorum eccles. lat.*, XXXII, 1, LXXVIII). Por lo demás añade también Schenkl: Neque tamen silentio praetermittendum est, in hac editione non paucas scripturae corruptelas egregiis emendationibus sublatas esse (ibid.). Cf. también Hurter, 108.

(3) Por ejemplo, Juan Dalläus: Haec est illa officina ex qua miser ille Ambrosius tam foede interpolatus prodiit (*De usu Patrum*, Genevae, 1686, 84).

(4) Cf. Kneller en la *Revista de Teol. cat.*, XLVI (1922), 313-317.

(5) En el libro I de Samuel, por ejemplo, la comisión había cambiado el texto de Lovaina en unos 358 pasajes. Sixto V suprimió estos cambios en 316 casos y de las correcciones de la comisión sólo dejó subsistentes 18. Amann, 55.

ces una biblia falsificada (1). A la verdad sólo raras veces se decidió en la elección de variantes sin ninguna fianza de manuscritos (2); pero muchas interpolaciones, que de observaciones marginales habían pasado a ser parte del sagrado texto, o de otro modo habían sido en él introducidas y borradas por la comisión bíblica, las volvió a admitir, y lo que ha de parecer peor e incomprensible: borró algunas cosas que como palabra auténtica de la Escritura pertenecía sin duda al sagrado texto (3). Fueron colaboradores del Papa algunos doctos agustinos, entre ellos Ángel Rocca (4); en casos dudosos consultaba también al jesuita Toledo, pero sin comunicarle si seguía su consejo (5). Sixto quería hacer notar de una manera bien saliente que la nueva Vulgata era obra suya.

Antes de haberse terminado enteramente la revisión del texto, la biblia ya estaba en prensa. A principios de junio de 1589, cuando el Papa fijaba el texto del Apocalipsis, la impresión había llegado al Libro de la Sabiduría, por tanto hasta la mitad poco más o menos de toda la biblia (6). Sixto mismo se hacía remitir las pruebas e invitaba también a colaborar en la corrección de las faltas de imprenta (7). El 1.º de noviembre de 1589 estaba aún imprimiéndose el Antiguo Testamento, el 2 de mayo de 1590 quedaba concluida toda la biblia (8) y podía adquirirse por cualquiera al precio de cuatro ducados de oro (9). El 31 de mayo se enviaron veinticinco ejemplares a varios príncipes junto con un breve de 29 de mayo (10). Muy pronto se había

(1) Amann, 47 ss.

(2) Höpfl, 149, nota 1.

(3) Cf. la cuidadosa confrontación de la Vulgata sixtina en Hetzenauer, 108*-148*. La lista de Belarmino de los cambios principales en Le Bachelet, 130-134; Nisio en la *Revista de Teol. cat.*, XXXVI (1912), 220 ss. En las horas relativamente pocas que Sixto podía dedicar a la biblia, quedaban sin duda excluidos los estudios sobre lo tocante a los manuscritos. «Se habrá de asentir a Amann (56), que afirma que Sixto en algunos pasajes cambió el texto por su propia autoridad». Höpfl, 150.

(4) Badoer en 3 de junio de 1589, en Baumgarten, *Vulgata*, 136.

(5) Olivares a Felipe II en 7 de mayo de 1590, en Le Bachelet, 189.

(6) Badoer, loco cit.

(7) Ibid.

(8) Baumgarten, *Vulgata*, 22 ss.

(9) Olivares en 14 de mayo de 1590, en Höpfl, 322. Los ejemplares de papel más recio eran más caros; cf. Badoer en 25 de agosto de 1590, en Amann, 150. Descripción bibliográfica de la biblia ibid., 133 y en Baumgarten en la *Revista de Historia eclesiástica de Suiza*, 1922, 167 ss.

(10) Avviso de 3 de junio de 1590, en Baumgarten, *Vulgata*, 24; *carta de Brumani, de 2 de junio de 1590, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Enumeración

ya compuesto la bula por la cual se introducía solemnemente la nueva Vulgata y se declaraba que era la traducción latina únicamente permitida (1).

Ya mucho tiempo antes de la aparición de la nueva biblia la noticia de las arbitrariedades del elevado editor había causado irritación y consternación en gran número de personas. Escribía el canoista Peña, que «desde el principio» habíanse lamentado públicamente, que en algunos pasajes no se había guardado suficientemente el respeto a la palabra de Dios, sobre la cual sin embargo nadie que sea puro hombre, tiene poder alguno (2). Olivares según comunicaciones de Toledo refirió a su soberano (3), que aparte de otros notables cambios había el Papa omitido en un pasaje cinco líneas enteras; que como Toledo temía, con semejantes ingerencias se daba más grave motivo a los herejes para vituperar a la Iglesia católica y mayor escándalo a los fieles, que por cualquiera otra cosa que pudiese hacer el Papa; que la cosa era por sí sola muy ocasionada a provocar un concilio general (4). De un modo semejante se expresa Belarmino en tiempo de Gregorio XIV; dice que era de temer que los protestantes reuniesen las mutaciones de Sixto V para demostrar que el Papa por su propia mano había falsificado la Sagrada Escritura, y que apenas se podía imaginar nada más eficaz para llenar de confusión a los católicos y confirmar a los herejes en sus errores que semejante escrito; que para su antigua afirmación de que el Papa se levantaba sobre Dios, tenían una prueba especiosa de que echar mano, cuando dijese que el Papa se había atribuido poder sobre la palabra de Dios y quería corregir al mismo Espíritu Santo (5). El cardenal Antonio Carafa se atrevió a expresar al mismo Sixto V el general disgusto, representándole, con libertad de ánimo, que ni siquiera un Papa

de doce de estos breves en Baumgarten, 110. Copia del breve a Felipe II en Höpfl, 322 s., a Segismundo de Polonia en Theiner, Mon. Pol., III, n. 126, p. 170 s.; el breve al emperador en parte en Baumgarten, 110 s.

(1) Baumgarten, Vulgata, 64. Ibid., 28-65 sobre las minutas de la bula a recta resolución de su fecha (1.º de marzo del año de la Encarnación, 1589, esto es, 1590 según nuestra cuenta) y una copia exacta del original descubierto por Baumgarten. En los bularios no fué admitida la bula. Copias en R. Cornely, Hist. et crit. Introductio in U. T. libros sacros, I², París, 1894, 486-495 y en Hetzenauer, 149*-155*.

(2) En Le Bachelet, 191 s.

(3) En 7 de mayo de 1590, *ibid.*, 189.

(4) por muy ocasionada á provocarse un concilio general quando no huviera otra cosa. *Ibid.*

(5) Memoria en Le Bachelet, 137.

podía permitirse añadir, omitir ni cambiar nada en lo que tocaba al texto de la Sagrada Escritura (1).

Sixto se encendió ciertamente en vivo enojo con estas amonestaciones y amenazó al atrevido cardenal con la Inquisición (2). Pero en horas más tranquilas no se le podía ocultar ciertamente que Carafa tenía razón. Los miembros de la comisión bíblica, cuyo trabajo Sixto en su mayor parte aniquiló, estaban seguramente de parte de Carafa; los cardenales del Índice, que tenían delante la nueva biblia (3), no disimularon igualmente su juicio: por encargo suyo el cardenal Ascanio Colonna hizo al Papa representaciones de palabra y por escrito (4). Cuál era la opinión de los eruditos romanos, tampoco quedó siendo para Sixto seguramente ningún secreto. A más de esto se dijo que había una multitud de faltas de imprenta, y una vez que se hubo comenzado la búsqueda de ellas, se hallaban cada vez más. Cuando al embajador español se le había ya ofrecido un ejemplar de la biblia, se presentó un día Rocca en su casa y le pidió permiso para corregir en él una serie de erratas! (5) Se procuró poner remedio con papeles pegados, con raspaduras y corrosivos, y mediante correcciones con pluma y lápiz (6), pero tales afeamientos de un libro impreso con lujo no eran apropiados para aumentar el gozo del Papa por su obra.

Ahora bien, Sixto V era un hombre de inflexible voluntad, cuando conocía que estaba en su derecho. Pero de ahí no se sigue que fuera inaccesible a las amonestaciones. Precisamente con ocasión del asunto de la biblia los cardenales Montalto y Róvere se expresaron en el sentido de que al principio mantuviese de un modo inconvencible sus resoluciones, pero después de algún tiempo atendiese a las advertencias que se le hicieran (7). En el asunto de la biblia, en vista de la oposición general y las importantes razones, no pudo cerrarse al conocimiento de que no debía prescribir su trabajo bajo las más severas penas eclesiásticas como el texto de la Vulgata

(1) Olivares en 7 de mayo de 1590, *ibid.*, 189.

(2) *Ibid.* Desde principios de mayo hasta bien entrado agosto Carafa estuvo en los baños de Luca. Amann, 58, nota 1.

(3) Aviso de 25 de noviembre de 1589, en Baumgarten, Vulgata, 22.

(4) Badoer en 25 de agosto de 1590, en Amann, 151; Olivares en 14 de mayo de 1590, en Le Bachelet, 190.

(5) Olivares en 30 de junio de 1590, *ibid.*

(6) Resumen de las correcciones en Amann, 138-141; Baumgarten en la Revista de Historia eclesiástica de Suiza, 1922, 265.

(7) Badoer, loco cit., 150 s.

únicamente permitido. Dejó por tanto sus planes primitivos, a lo menos, en cuanto que la bula hacía tiempo terminada con sus severas determinaciones sobre la única validez del texto sextino no la publicó con las formalidades que eran necesarias para su validez jurídica.

En la misma bula se determinaba expresamente, que se había de publicar fijándola en Letrán, en San Pedro y en la Cancelaría, y que su fuerza obligatoria debía comenzar para Italia sólo dentro de cuatro meses después de la publicación, y a la otra parte de los Alpes sólo dentro de ocho meses. Por tanto la fijación en los sitios prescritos era enteramente necesaria para la bula de la Vulgata. Pero aunque tanto las relaciones de los embajadores español y veneciano como el semanario romano de los *Avvisi* dan noticia de la Vulgata sextina, sin embargo no dicen una palabra sobre la publicación de la bula, y lo mismo se ha de decir de las relaciones consistoriales (1). El original todavía conservado de la bula sobre la biblia lleva a la verdad al final el testimonio de los cursores, de que se había ejecutado la fijación prescrita (2), y el mismo certificado se halla en un impreso de la bula que salió de la prensa por agosto de 1590 (3). Pero precisamente al tiempo en que aquel impreso se publicó en Roma, era profesor del Colegio Romano el teólogo Gabriel Vázquez, y atestigua que a veces la nota o certificado de los cursores se escribía de antemano en algunos documentos ya antes de la publicación, la cual luego por algún motivo no llegaba a ejecutarse (4). Otro contemporáneo competente, el moralista Azor, asimismo profesor del Colegio Romano, dice expresamente, que este caso ocurrió en

(1) Cf. Höpfl, 191 s.

(2) De 10 de abril de 1590, en Baumgarten, Vulgata, 64.

(3) Nisio en la Revista de Teol. cat., XXXVIII (1914), 233; Baumgarten, Nueva Noticia, 259 ss. Como el título lleva el aditamento: ad quorum [Bibliorum] normam Missalia et Breviaria necnon omnes ecclesiastici libri reformari debent, el impreso habrá tenido sin duda ante los ojos a los impresores venecianos (v. abajo, pág. 203). Si hubiera sido destinado a dar a conocer oficialmente la bula a toda la Iglesia, este aditamento no tendría razón de ser. El impreso, supuesta la publicación de la bula original, sólo podía tener valor legal si estaba firmado y sellado oficialmente, de lo cual nada se dice. El cardenal Giustiniani, presidente de la congregación de cardenales de la Imprenta Vaticana, de la que se quejaban los impresores venecianos, había encargado al impresor Basa doce ejemplares. Baumgarten, loco cit., 162.

(4) *Accidit interdum, ut in legibus et in bullis impressis dicatur: «Publicatae tali die», et tamen nunquam solemniter fuerint promulgatae, nec tunc vim legis habebunt* (In 1. 2. S. Thomae, tom. II, disp. 155, c. 2, n. 15, Amberes, 1621, 62).

la bula de la Vulgata sextina (1): la nota de la publicación había de ponerse ya de antemano en la bula, porque debía imprimirse junto con ésta en la biblia sextina. En el año 1610, por sugestión del profesor de teología de Ingolstadio, Adán Tanner, el general de los jesuitas Aquaviva mandó hacer una investigación sobre la cuestión de la publicación. El resultado fué, que la bula de la Vulgata no podía considerarse como publicada legalmente, porque en los libros de registros nada se hallaba de la publicación. Belarmino, más tarde cardenal, que en tiempo que Sixto V editaba su biblia, no moraba en Roma, a su vuelta en noviembre de 1590 oyó decir a varios cardenales que la publicación no se había ciertamente efectuado. Paulo V en 1610 confirmó esta noticia al jesuita Alber, cuando éste comunicó el resultado de la investigación romana (2).

Si Sixto V renunció a publicar la bula de su Vulgata y con esto a presentar su trabajo como perfecto en su género y el único autorizado, no se sigue aún de ahí que había de retirar las biblias ya impresas. Como hablando por encargo oficial atestigua el prólogo de la posterior Vulgata clementina que Sixto V pensó ciertamente en «volver a la fragua» su biblia (3), y por tanto en preparar una segunda edición

(1) V. nota 2.

(2) Respuesta del asistente de Alemania del general de los jesuitas, F. Alber, a Tanner: Circa Biblia Sixtina *post diligentem inquisitionem et discussionem* hanc denique responsionem dederunt ii, qui huic rei incumbabant...: Certum est, Bullam de iis Bibliis non fuisse promulgatam, cuius rei certissimum iudicium est, in Registro [de la Cancelaría Apostólica] huiusmodi promulgationem non reperiri; et Ill. Card. Bellarminus testatur se, cum ex Gallia redisset [en noviembre de 1590], a pluribus Cardinalibus audivisse, Bullam illam non fuisse promulgatam et id quidem illi se certissime scire affirmabant... Sdiat praeterea R. V. haec dadem ex SS. Domino Nostro [Paulo V] habita fuisse... Respondit publice P. Azor Bullam ipsam non fuisse publicatam, *quamvis in impressione* [una tirada aparte de la bula] *legeretur subscriptio cursorum*: nam hoc factum fuisse per anticipationem typographi, ita iubente Pontifice, ne impressio tardaretur. Huius rei testis est P. Andreas Eudaemon Ioannes, qui tunc aderat disputationi (Tanner, Theol. schol. tom. III, disp. 1, q. 4, dub. 6, n. 265). Como muestran las palabras de Tanner, algunos ejemplares de la bula con la nota de la publicación eran conocidos de los antiguos teólogos y se tuvieron presentes en su investigación sobre el asunto. Cf. Nisio en la Revista de Teología católica, 1912, 20 ss.; 1914, 203 ss. Sobre la expresión «Constitutione jam edita» que se lee en los breves de dedicación a los príncipes, v. Nisio, loco cit., 1913, 706 ss.; 1914, 206 s.; Kneller, *ibid.*, 1923, 604. Sobre el ejemplar impreso de la bula que está en el tomo 22 de las *Lettere ai principi*, que no puede considerarse como compensación por la nota de registro que falta en la bula original, v. Nisio, 1914, 224 s.; Kneller, *ibid.*, 1923, 601.

(3) *Animadvertens non pauca in s. Biblia praeli vitio irrepsisse, quae iterata diligentia indigere viderentur, totum opus sub incudem revocandum censuit*

corregida. Pero por eso la primera edición no había aún de destruirse; podía siempre salir a luz; sólo no debía Sixto revestirla del esplendor que le hubiese dado la bula formal solemnemente publicada. El fiel colaborador en la biblia de Sixto, Angel Rocca, expone así efectivamente el asunto. También, según él, fué impedido el Papa por la muerte de publicar la edición corregida proyectada, pero hizo enviar la primera edición, por decirlo así, a modo de prueba, para conocer el juicio del mundo docto sobre su trabajo (1). De esta declaración se saca de nuevo, que Sixto no quiso entregar a la cristiandad a lo menos la primera edición de su biblia por una bula publicada solemnemente; pero parece además seguirse de la misma, que el Papa persistió hasta su muerte en enviar al mundo su trabajo una vez acabado (2).

La bula de la Vulgata sextina compartió en su género la suerte de la biblia sextina. Por su impresión al frente de la nueva Vulgata cúpole una especie de publicación; pero omitióse la nota de promulgación que se halla en el original de la bula, como clara señal de no haberse efectuado una solemne publicación (3). Las determinaciones que la bula contenía sobre la impresión y venta de la Vulgata, sólo podían imponer una estricta obligación, si se añadía la solemne promulgación, pero aun así eran siempre una manifestación de la voluntad del Papa y tenían como tal su importancia. En los breves con que Sixto hizo enviar su biblia el 29 de mayo, no expresa a la verdad el mandato, pero sí el requerimiento de que los príncipes ejecutasen las determinaciones de la bula; de suyo se entiende, que una formal ordenación pontificia aun sin la solemne publicación

atque decrevit. El prólogo está compuesto por Belarmino (cuya autobiografía en *Le Bachelet*, Bellarmin avant son Cardinalat, París, 1911, 458). Pero como la Vulgata clementina es una edición oficial, así el prólogo es también una declaración oficial, a cuyo final, manifiestamente por encargo oficial, comunicanse varias ordenaciones de la Santa Sede sobre la nueva Vulgata. Por tanto no es lícito tratar el prólogo como declaración privada de Belarmino.

(1) En *Le Bachelet*, Bellarmin et la Bible Sixto-Clém., 97. Desde Vercellone se ha hecho costumbre de tratar esta noticia como enteramente increíble. Pero cuadra tan bien en la conexión histórica que no se puede desechar; y desde que se han conocido los rasgos de escritura de Rocca en su único escrito, habrá doble dificultad en hacerla sospechosa de ser una invención.

(2) Abajo, pág. 203. Todavía en 22 de agosto de 1590 tenía Sixto la esperanza de ver publicarse los libros litúrgicos corregidos según el texto de su biblia, y concedió un privilegio de imprenta tocante a esto. Baumgarten en la *Revista Teol.*, 1924, 121.

(3) Kneller, loco cit., 1924, 138.

del documento podía dar a sus determinaciones el pleno vigor.

Pero que Sixto nunca dictó semejante ordenación, se ve por la correspondencia del embajador veneciano en Roma con la Señoría. En Venecia, al principio sólo era conocida de la bula la copia que había en la misma biblia o un ejemplar de ella; pero este conocimiento bastó para poner espanto a todos los libreros de Venecia, cuando corrió la voz de que el inquisidor de allí les había intimado la orden de no vender más sus biblias anteriores (1). Dirigiéronse en son de queja al senado. Declararon que sus depósitos de libros estaban llenos de biblias, misales y breviarios con el texto de la antigua biblia, y que iban a perderse centenares de miles de ducados, si no podían vender más todo esto; que la bula de la biblia sería su ruina. Que ciertamente se permitía corregir todos estos libros según la nueva Vulgata, pero que esto era un trabajo irrealizable y al fin inútil, pues nadie les compraría libros tan afeados (2).

Por encargo del senado el embajador Badoer fué a hablar al Papa. Sixto respondió que no había hecho otra bula que la impresa al principio de su biblia, y que a nadie había mandado su ejecución, que el inquisidor había procedido con excesivo celo (3). Cuando el embajador hizo de nuevo representaciones, procuró Sixto de nuevo calmar las inquietudes, diciendo que no se acongojasen tanto por la bula, que el inquisidor no la ejecutaría, y que ella presentaba una «forma de su deseo» (4). Con todo Badoer no se tranquilizó. Repuso que la bula existía, y que el miedo a sus censuras intimidaría a todos los compradores, fuera de que violaba los derechos de la república (5). Pero Sixto no pudo ser movido a revocar la bula; dijo que el documento era ya del dominio público y que no podía volver atrás, que antes quería perder la vida (6). Nueva excitación originóse en Vene-

(1) Que semejante intimación no se hizo realmente, se ve por dos cartas del nuncio y del inquisidor de Venecia, ambas de 4 de agosto de 1590; v. Nisio, loco cit., 1914, 213.

(2) El senado a Badoer en 30 de junio de 1590, en Nisio, loco cit., 1913, 878 s. El memorial de los impresores *ibid.*, 881.

(3) che lei non ha fatto altra Bolla che la posta nel principio della Bibbia stessa. Badoer en 7 de julio de 1590, en Amann, 142. Sobre la fecha v. Nisio, loco cit., 681.

(4) Badoer en 21 de julio de 1590, en Amann, 143.

(5) *Ibid.*

(6) Badoer en 28 de julio de 1590, *ibid.*, 145. De toda la negociación se deduce que la bula, aun prescindiendo de su no publicación, nunca tuvo fuerza de ley. Höpfl, 193; Nisio, loco cit., 1914, 217 ss.

cía poco antes de la muerte de Sixto, cuando fué allí conocido el impreso aparte de la bula, de 22 de agosto de 1590, el cual llevaba al fin la nota de la publicación y decía luego al punto en el título, que quedaban prohibidas todas las biblias, misales y breviarios con el texto de la Vulgata no corregida (1). El senado hizo representar en Roma, en vista de nuevas quejas, que según el texto de esta bula ya habían transcurrido los cuatro meses después de los cuales debía comenzar la obligación, que ahora era indiferente que el inquisidor negase la anterior intimación, pues la bula misma contenía una intimación todavía mucho más terminante, porque el tiempo de la obligación ya se había cumplido. Añade el escrito de quejas de los impresores, que en otras ciudades los inquisidores habían procedido también a la intimación inmediatamente después de la aparición de la «nueva bula». Como entre tanto Sixto V fué sobrecogido de su enfermedad mortal, Badoer sólo pudo hablar con el nepote Montalto y los cardenales Colonna y Róvere (2). Ellos fueron de opinión de que se llegaría a la mitigación de la bula; que era imposible ejecutar sus ordenaciones y que no faltarían reclamaciones de parte de los príncipes.

En efecto, era de esperar que principalmente en España la biblia sixtina tropezaría con oposición. Peña opina en un dictamen ya mencionado (3), que a causa de las arbitrariedades de su texto estaba obligado el rey de España a hacer examinar el estado del asunto por cuatro o seis teólogos inteligentes, y que si del examen resultaba que había dificultades tocante a dicha biblia, debía hacer representaciones al Papa. Olivares remitió este dictamen el 21 de mayo (4). Que Felipe II estaría conforme con estas propuestas, era tanto más de esperar, cuanto que consideraba la bula de la Vulgata con sus privilegios para el comercio de libros romano como un perjuicio de los impresores hispano-flamencos. Se sometiese o no al examen la nueva biblia, él estaba resuelto en todo caso a no permitir para sus reinos sino reimpresiones nacionales de la edición romana (5).

(1) El senado a Badoer en 25 de agosto de 1590, en Nisio, loco cit., 886. Quejas de los impresores por esta «nueva bula» ibid., 887 ss.

(2) Badoer en 25 de agosto de 1590, en Amann, 149 ss.

(3) V. arriba, pág. 198.

(4) En Le Bachelet, 191 ss.

(5) Don Felipe a Olivares en 5 de octubre de 1590, en Höpfl, 324; cf. 156. Cuando el nuncio César Speciani habló al rey por primera vez de los privilegios de la Imprenta Vaticana, pareció acoger favorablemente la cosa: *Diedi al segre-

No se habían por tanto realizado los planes de alto vuelo que Sixto llevaba adelante con su biblia; lo que él había comenzado tan noble y grandiosamente, parecía querer convertirse en un serio embarazo para la Santa Sede. Hubo de ver que el texto ideal que procuraba, había hallado en los cardenales de la comisión bíblica y del Índice, así como en los doctos, toda otra cosa antes que aprobación, y cuando luego renunció sólo en parte a su texto, lo mismo que a la bula de introducción de la nueva Vulgata, eran de prever las complicaciones que son el funesto resultado de todas las disposiciones a medias.

La muerte preservó a Sixto de tener que resolver por sí mismo estas complicaciones. Ya algunos días después de su fallecimiento los cardenales mandaron suspender la venta de la nueva Vulgata y de los impresos de la bula de introducción (1). El inmediato sucesor de Sixto V confirmó estas disposiciones (2).

Reanudando los esfuerzos de Gregorio XIII, afanóse también Sixto V por la corrección del martirologio romano. En este último trabajo estuvo ocupado Baronio; dedicó su escrito a Sixto V (3). Siguiendo igualmente las huellas de su predecesor, proyectó Sixto V una nueva edición de las decretales pontificias. Confió esto en 1587 a una comisión que constaba también del cardenal Ascanio Colonna, del obispo Lucio Sasso y de los auditores de la Rota Bianchetti, Francisco Peña, Pompeyo Arrigoni y Serafín Olivario. A pesar de

tario di S. M., come si suole la lettera del sig. conte d'Olivares per il privilegio dell'impressione della Bibbia et Concilii, e poi ne parlai io medesimo al Re, il quale mi intese volentieri, et laudò il santo pensiero di N. S. etc. Speciani a Carafa en 19 de diciembre de 1587, *Biblioteca Casanatense de Roma*, X, VI, 22, n. 26. Del intento de una reimpresión antuerpiense da cuenta el obispo Torrencio de Amberes a Frangipani ya el 2 de agosto de 1590, en Ehse, *Nunciatura de Colonia*, II, 500; el mismo a Baronio, en Laemmer, *De Caesaris Baronii litterarum commercio diatriba*, Frib. Brisg., 1903, 100; Höpfl, 177.

(1) Aviso de 5 de septiembre de 1590, en Baumgarten, *Vulgata*, 96; Olivares en 8 de septiembre, en Le Bachelet, 196; cf. Höpfl, 157. Olivares da ya el consejo de recoger todos los ejemplares llegados a España y prohibir a las universidades disputar sobre la Vulgata sixtina.

(2) Aviso de 26 de septiembre de 1590, en Baumgarten, 19. Los anales anónimos contemporáneos de Sixto V afirman que la biblia se había recogido «ex doctrina sapientum et sacrae Inquisitionis iussu» (en Höpfl, 157, nota 2). Por lo demás nada hay conocido de un decreto de la Inquisición.

(3) Cf. J. Veith, en las *Hojas hist.-pol.*, CXVII, 474 s., donde asimismo se trata más en particular sobre cómo Baronio también más tarde trabajó en otras reformas y correcciones, y Paschini, *La Riforma Gregoriana del Martirologio Rom.*, Monza, 1923, 24 ss.